

El origen común de la diferenciación: la matriz humana

JOSÉ LUIS GIMENO

¿Qué es lo humano? ¿Cómo comienza la humanización? ¿Cómo surgen los primeros símbolos y las primeras imágenes? ¿Cuál es la “matriz”, la estructura básica que conforma la posibilidad de un ser y una realidad humanas?

En el primer despertar, quizá la primera pregunta es: ¿Dónde estoy?... y entre el temor y la perplejidad ¿qué me espera?...

En todo caso, surge la necesidad de un apropiamiento de lo real para intentar construir una realidad habitable.

Para acercarnos a estas cuestiones, me voy a remitir a nuestros orígenes, a nuestras primeras representaciones “artísticas” acontecidas en el paleolítico superior.

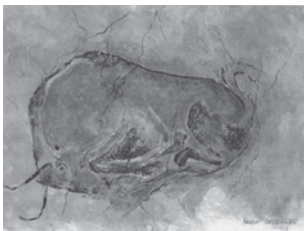
Estamos pues en la Edad de Piedra, en la edad del reno..., cuando desaparece el Neandertal y aparece el Cromagnon.

Paso previo: los útiles. El llamado Homo Faber. Son agrupaciones de cazadores y recolectores que disponen de útiles, hablan entre ellos, se visten y ornamentan, conocen la música, inhuman a los muertos...

Son pocos, la naturaleza es fuerte y predominante, el mundo de la necesidad marca su vida. Primero subsistir. Seguramente sienten más directamente que nosotros esos dos sentimientos básicos. El horror y la maravilla, que se dice son el origen de toda conciencia, quizá también de todo deseo y toda erótica.

Estamos en definitiva en la larga aurora del homo sapiens... y dentro de ella, algo que ha sido considerado como su misma esencia: el arte, el rito, la magia, que ha sido señalado como la emergencia del homo

ludens en oposición y complementariedad del homo faber. Y que probablemente precisa unas mínimas condiciones de desocupación respecto a la inmediatez del presente y lo presente, para en un lugar y un tiempo diferentes: reflexionar, representar, jugar con esa experiencia de supervivencia que es su causa, pero comienza a no ser ya su fin.



Bisonte. Altamira

La cueva

En las grutas y cuevas que hoy en día nos figuramos como templos y museos subterráneos. Fuera y dentro de la naturaleza.

Antropológicamente parece comprobado que no vivían allí, aunque sí acudían al menos a algunas de ellas, a realizar ciertos actos o ceremonias.

Es sobre todo en las cuevas donde el arte parietal toma esa dimensión que nos sobrecoge y asombra. Sorprende la distribución de las representaciones, hay zonas que no se utilizan, muchas veces se acumulan superpuestas las pinturas en un lugar determinado. En ocasiones se utilizan sitios difíciles y escondidos. Unas parecen composiciones, otras acumulaciones azarosas y caóticas.

La gruta y la cueva en las entrañas de la tierra remiten desde las construcciones simbólicas más antiguas a lo femenino, más concretamente a la madre naturaleza como diosa primigenia de la que salen todas las cosas.

Citando a Bataille, "Las cuevas atraen en razón del horror que el hombre siente naturalmente hacia la oscuridad profunda. El terror es sagrado y la oscuridad religiosa. El aspecto de las cavernas contribuyó al sentimiento de poder mágico, de intervención en un dominio inaccesible... el encanto angustiante que el pintor buscaba".

Los animales

Estas, muchas veces, sin duda obras de arte, nos evocan el genio de la especie. Iniciadores sin una referencia a la tradición, creaciones "casi" desde la nada. Casi porque el artista parte de la propia naturaleza, de la fuerza y grandiosidad de esos animales con los que lucha pero que admira y respeta. Que seguramente cuando los caza los entiende como don: el animal se le entrega porque él quiere o alguna fuerza misteriosa así lo decide. La vida es un milagro, es un don, una aventura que sobrepasa lo humano.

Surge el aprovechamiento de los relieves de la misma roca. En las formas de la piedra ya está el animal representado, solo falta completarlo.

Malinowski ha desarrollado la idea de que el sentimiento de un mundo dependiente de poderes mágicos o religiosos procede de la experiencia de impotencia del hombre ante el azar de sus empresas.

El poeta P. Eluard ha escrito en "Los animales y sus hombres": "un sentimiento más justo del hombre es la condición de la poesía".

La belleza como sobrenatural de los animales de la caverna traduce una ambigüedad: es arte naturalista pero se trata de un naturalismo que atañe a lo que en el animal hay de maravilloso.

Un estudio pormenorizado de ¿qué animales y con qué ordenación aparecen? lleva a una teoría ya clásica que terminó agrupándolos en dos grandes series correspondientes a una simbología de lo masculino y de lo femenino.

Comenzando por el caballo-femenino y el bisonte masculino la mayor parte de las representaciones jugarían con la oposición y complementariedad de estos dos grandes principios.

Otras teorías han destacado, a partir de la frecuente superposición de pinturas, que parece importar más la realización de la representación en un momento dado que una impresión estética a conservar y eso parece confirmar su finalidad de ritual mágico propiciatorio.

Claro que si se trata de los dones del azar y de un tiempo a la vez natural y sagrado, la improvisación, el dejarse llevar en la obra o la valoración del instante presente parecen encajar perfectamente con este estilo "vivaz". Tengamos en cuenta por otra parte que estamos hablando de un tiempo original y prehistórico, no lineal ni de progreso, en el que la memoria puede estar más cerca del inscribir que del dejar huella.

Seres imaginarios e intermedios

El señalado naturalismo no obsta para los desarrollos imaginativos: seres imaginarios pueblan las grutas y curiosamente mucho más al acercarnos a las representaciones humanas. Parecen especialmente sugerentes los que podríamos considerar seres intermedios entre el animal y el hombre.



Caballo. Pêche-Merle

Muchos antropólogos han interpretado estas figuras como hombres cuya cara se cubre con máscaras animales y lo han relacionado no solo con ceremonias mágicas propiciadoras de la caza, sino también con el totemismo. Otras figuras como la generalmente denominada del “brujo” en las mismas cavernas de “Trois Freres” parecen acentuar lo extraordinario. Inquietante; no se sabe si del animal del hombre o de un ser sobrenatural.



El Brujo. Trois Frères

Esta figura aislada, situada más alta que el resto de las pinturas, como presidiéndolo todo, reúne casi todas las ambigüedades y parece resistirse a todas las interpretaciones.

Figuras masculinas

En otros lugares encontramos otras cosas como hombres con cabeza de pájaro, figuras caricaturescas o representaciones esquemáticas, casi monigotes infantiles que chocan en su falta de elaboración con las formas animales. No obstante su aparente pobreza y lugar secundario, estas figuras masculinas y seres intermedios entre el animal y el hombre introducen elementos probablemente esenciales para el sentido de este arte, como son la sexualidad y la muerte. Estas figuras casi descorporeizadas suelen formar parte de las escasas escenas dramáticas que los evocan.

Recogiendo otra vez una interpretación de Bataille, podríamos decir que el mundo del Arte Prehistórico es ante todo el que ordena el sentimiento de prohibición y que éste aparece ligado a dos cosas: la muerte, con el terror respetuoso hacia los restos humanos, y la vida, con el respeto hacia el embarazo y la interdicción del incesto.

Pero a su vez la naturaleza reintroduce y desorganiza sin cesar a su través esa animalidad perdurable en nosotros que es como el lodo del que inevitablemente salimos.

La mujer embarazada

Si bien existen representaciones similares a las masculinas como esquemáticas, mujeres con cabeza de pájaro en las que ya vemos de todas maneras el predominio de la maternidad, y aunque no solemos encontrarlas como pinturas o al menos no sólo como tales sino predominando técnicas del grabado, el bajorrelieve, o incluso como figurillas esculpidas... las representaciones de la mujer vuelven al realismo mági-

co, al naturalismo, a la elaboración estética, a la idealización, si así puede llamarse.

Resulta curioso ver que si las figuras masculinas solían ocultar su rostro tras máscaras, las femeninas también nos suelen hurtar la contemplación de su cara. Lo realmente resaltante es su cuerpo con pronunciadas señales maternas, y, aún a veces, solo las partes más directamente generatrices: fundamentalmente los senos, el vientre, las caderas y la vulva, parecen interesar al artista, al punto que es relativamente frecuente (al contrario que en el hombre, pues apenas existen representaciones fálicas aisladas) la representación de la vulva sola o remarcada en otra figura más general.

Sin apenas conciencia de la paternidad, el cuerpo de la mujer aparece como primer ídolo humanizado, sobre todo dador primigenio de vida y subsistencia... representador, pues, del misterio de las cosas que vienen a la luz, del aparecer y desaparecer de los seres vivos. La desaparición del rostro de las figuras humanas podríamos interpretarla en consonancia con la invocación a esas fuerzas primigenias frente a las cuales el hombre se reconoce como humildemente precario y con un respeto, en su aprovechamiento y profanación casi avergonzado. No se trata de un orgullo humanista, sino de la sobrecogida aparición de un nuevo ser cuyo júbilo ha de esconderse en el temor ante otras fuerzas más poderosas y por tanto sagradas.

Los signos

Por último, mencionar, al menos, los signos, que solos o acompañando a las pinturas abundan por doquier en las cuevas.

Se han dado muchas interpretaciones: puntos y flechas, rayas y agujeros que forman parte de esas ceremonias propiciatorias de abundante caza, de la fertilidad y que intentan asegurarse una buena fortuna.

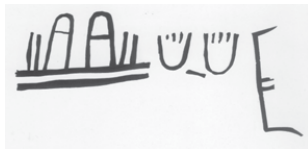
Manos, que en alguna ocasión llegan a formar un panel específico, invocatorias de clemencia y protección. Signos llamados tectiformes, que parecen evocar blasones, signos de identidad de algún tipo o designadores de estos lugares especiales en su experiencia y diferentes de su vida cotidiana. Incluso se han encontrado a la entrada de alguna cueva grabados que parecen signos jeroglíficos indicadores del lugar y que casi nos evocan el inicio de una escritura.



Mujer. Laussel

Antropología, filosofía, psicoanálisis

Si he intentado, sin dejar de lado los datos de los antropólogos y paleontólogos, apoyarme más en ciertas interpretaciones abstractas, sobre todo las de Bataille, que hacen referencia al significado y el por qué del arte prehistórico, es por las resonancias con la experiencia psicoanalítica.



Signos. ¿Inicio de escritura?

Freud: bástenos recordar lo fundamental del juego que él descubre en el niño como inicio de su humanización. Este poder que el niño encuentra con júbilo en jugar a hacer aparecer y desaparecer los objetos o a sí mismo y que Freud relacionó con su deseo de no estar a merced de la pura necesidad, de no soportar pasivamente las presencias y ausencias de su madre.

Lacan: su estadio del espejo, en el que nos señala la matriz imaginaria, mágica, previa a lo simbólico, que configura pues una tendencia hacia la totalidad, hacia los espejismos de nuestros sueños y deseos.

Ambos, Freud y Lacan, señalando los peligros de esta inercia repetitiva como el juego del niño, que mezcla en el deseo Eros y Tánatos, en la fascinación hacia algo más allá de la vida y por tanto con elementos de un narcisismo mortífero.

Winnicott en su destacable libro "Realidad y juego", mostrando como el niño en la separación de la madre establece un espacio transicional que comienza con ese primer objeto al que se aferra en ausencia de la garantía materna para tranquilizarse, ser algo, ser él mismo... y que constituye el espacio inicial al que irán posteriormente todas sus otras cosas: objetos, amores, creencias... la extimidad de sí mismo, diría Lacan.

El psicoanálisis, en todo caso, además de propiciar como ética o sabiduría una reflexión humilde del hombre que parta de aceptar esta vulnerabilidad original, demasiado dados a olvidar en nuestro afán de dominio, deja casi solamente abierta la posibilidad de una cultura erótica, de una sublimación que no niegue lo que por naturaleza somos, para no caer antes de tiempo en manos de lo tanático.

No muy lejos, pues, el sujeto freudiano, de este homo sapiens y ludens primitivo que intenta liberarse de la triste necesidad a través de un arte respetuoso con la madre naturaleza. Que intenta nacer como ser simbólico, sin negar la tierra y la vida que le dio origen.